

opciones de continuismo, sea en las de ruptura, los aspectos positivos de las mismas. En todo caso, el juicio queda en suspenso con la expresión: «¿Hubiera podido entonces hacerse de otra manera?», que encontramos varias veces a lo largo del texto.

La obra termina con un capítulo conclusivo de carácter sintético en el que se destacan, siguiendo las etapas establecidas previamente, los rasgos más característicos de cada una de ellas, con lo que se evidencian las continuidades y discontinuidades presentes en los cien años de historia de la Congregación. Para cerrar la monografía, y como puente con la historia más reciente, se incluye un último capítulo en el que se lleva a cabo una exposición de las ofertas de compromiso cristiano organizadas en la actualidad por los jesuitas en el mundo universitario de Madrid.

Serían muchos los aspectos de la obra de López Pego que merecerían ser subrayados, pero los límites de la reseña no lo permiten. No quisiera concluir, no obstante, sin mencionar al menos uno de ellos. Me refiero a la forma en que, a lo largo de sus páginas, se refleja, las variaciones sobre el modo en el que entienden y combinan las diversas dimensiones de la actividad de la congregación: espiritualidad, doctrina, acción apostólica, compromiso temporal...

Federico M. REQUENA

Santiago PETSCHEN (coord.) et al., *Los vascos, América y el 98*, Tecnos, Madrid 1999, 150 pp.

Este volumen recoge las conferencias pronunciadas en la sexta edición, correspondiente a 1998, de las Semanas Vascas que organiza anualmente en Madrid la Delegación en Corte de la Real Sociedad Bascongada de Amigos del País. En esta ocasión, la semana estuvo dedicada al análisis del impacto que tuvo la crisis colonial de 1898 —y, en general, la preocupación por las relaciones españolas con el mundo hispanoamericano— entre la intelectualidad y la clase dirigente política y económica del País Vasco. Los trabajos aquí compilados son, de este modo, profundamente deudores de su primitiva finalidad de ser expuestos ante un auditorio, como se trasluce tanto en el estilo claramente oral de su discurso, como en la casi total ausencia de aparato crítico. Se trata además, por esta misma razón, de una obra de muy amena lectura, lo que en modo alguno ha de entenderse que vaya en menoscabo del rigor e interés de su contenido.

La visión que ofrecen los autores de los diversos artículos sobre el problema abordado es variada, heterogénea y compleja. Ciertamente, es responsable de esto, en gran medida, el espíritu interdisciplinar presente en la Semana, en la que se dieron cita especialistas de la historia económica y política vasca de la época de la crisis finisecular —Juan P. Fusi y Manuel González Portilla—, junto con ensayistas y estudiosos del intrincado mundo de las representaciones ideológico-literarias imperantes en la efervescente sociedad vasca de los últimos años del siglo XIX —Jon Juaristi y Elías Amézaga—. Del mismo modo, también obedece dicha heterogeneidad, como ya reconoce el propio coordinador del evento, a haber reunido en un mismo foro «personalidades de distintas tendencias» ideológicas, lo que añade un mayor grado de interés al conjunto de la obra.

En última instancia, tal complejidad refleja el propio ambiente social, económico e ideológico del País Vasco en torno al 98, y muy especialmente de la provincia de Vizcaya, que desde 1876 estaba experimentando, de manos de la revolución minera e industrial, la mayor y más profunda transformación de su historia. Como se encarga de recordar González Portilla en su artículo, el crecimiento económico que vivió el entorno geográfico de Bilbao, asentado sobre las bases de la industria siderúrgica y unos fortísimos lazos inversores y comerciales con Europa, vino a transformar radicalmente todos los ámbitos de la sociedad tradicional vizcaína, y en general vasca. Fusi, por su parte, se encarga de traducir en el terreno de la política los efectos de estas transformaciones económicas y demográficas que sufre la Vasconia industrial. La última década del siglo XIX será así la del nacimiento de sendas ideologías de masas —en contraste con la rigidez y elitismo del sistema político de turno partidista de la restauración—, con dos exponentes claves en el País Vasco, contrapuestos ideológicamente pero hijos de una misma coyuntura: el socialismo y el nacionalismo vasco. La crisis de 1898 supondría, para ambas corrientes ideológicas y sus correspondientes organizaciones partidistas, su auténtica eclosión pública y su primer avance significativo en el escenario político vasco —proceso que llevaría, a lo largo de tres décadas, a una definitiva liquidación del esquema partidista de la Restauración, e incluso del propio sistema y de su cabeza visible, el rey—.

Las otras dos intervenciones se centran en el análisis del pensamiento político de algunos de los más destacados representantes de esa particular «generación vasca del 98» que, según defiende Juaristi y también reconoce Amézaga, floreció en el País Vasco, y más concretamente en el Bilbao en desarrollo de fines de siglo, como un síntoma más de su vitalidad. Una «generación vasca» que heterogénea en sus planteamientos políticos, literarios —Juaristi habla de un profundo eclecticismo estético entre sus filas, desde un neorromanticismo acrónico hasta el modernismo, pasando por el costumbrismo—, lingüísticos —escritores en lengua castellana y en euskera, entre estos últimos algunos de los exponentes pioneros del «renacimiento» literario euskérico del primer tercio del siglo XIX—, e incluso políticos. Así, Amézaga defiende la existencia de tres grupos dentro de este 98 vasco: el que deriva hacia un nacionalismo hispánico, como Pío Baroja, Miguel Unamuno o Ramiro Maeztu; el que se centra en lo económico-industrial, capitaneado por Julio de Lazurtegui; y el grupo fundador del nacionalismo vasco, con figuras como Sabino Arana o Ulacia; este mismo autor, además, se encarga de hacer una semblanza de la evolución política divergente de los tres grupos mencionados hasta la Segunda República.

Juaristi, por su parte, dedica su trabajo al análisis de la presencia de América y lo americano en la obra y vida de algunos de estos vascos del 98; una presencia que, en muchos de ellos, trasciende de lo intelectual y llega a lo vivencial, pues conocen muy de cerca, por experiencia personal y familiar, un fenómeno muy extendido en la sociedad vasca, la emigración a Ultramar. Ciertamente, señala Juaristi, la presencia de lo americano en sus escritos es desigual, pero puesta en comparación con otros grupos regionales del 98 español, es notablemente superior. Todos los autores que analiza Juaristi vienen a coincidir en la necesidad de estrechar los lazos entre España e Hispanoamérica desde una nueva posición que supere el colonialismo, como remedio a las consecuencias del desastre; varían, no obstante, las modalidades de este nuevo contacto español con su América, como el «regeneracionis-

mo migracional» que propugna Grandmontagne, el «nacionalismo lingüístico» de Unamuno, el «integrismo reaccionario» de Maeztu, o la combinación de estos tres factores que, eclécticamente, defenderá Salaverría.

Se trata ésta de una obra, por tanto, sumamente reflexiva, que aporta una visión y unas claves interpretativas esclarecedoras de un período de la historia vasca que, aparte de su intrínseco interés, sigue hoy en día llamando la atención por ser el momento en que se formaron, en gran medida, las bases ideológicas de lo que ha sido el País Vasco a lo largo del siglo XX.

Óscar ÁLVAREZ GILA

Evangelista VILANOVA, *Història de la teologia cristiana*, I. *Des dels orígens fins al segle XV*, Facultat de Teologia de Catalunya («Col·lectània Sant Pacià», 32), Barcelona 1999, 1054 pp. (segona edició, revisada i ampliada).

Evangelista Vilanova, profesor emérito de Historia de la Teología de la Facultat de Teologia de Catalunya (con sede en Barcelona), publicó en 1984 el primer volumen de la que, con los años, sería una «Historia de la Teología» clásica en los ámbitos universitarios europeos. Traducida al castellano (1987), italiano (1991) y francés (1997), se halla al alcance de cualquier lector culto. La versión francesa, muy enriquecida, como señala el autor en la presentación de esta segunda edición, exigía una nueva edición en su lengua original.

Hace tiempo redacté una reseña de esta obra (ScrTh 17 [1985] 707-709), en la que ya intuía el relieve y la aceptación que habría de tener. Las expectativas se han cumplido ampliamente, de lo cual nos alegramos sobremanera. En aquella ocasión dialogaba con el autor sobre dos cuestiones, que consideraba de importancia: el tema de la expresión de la fe (la discusión sobre la «fe pura»); y la inclusión, en una Historia de la Teología, del desarrollo del canon y del símbolo de la fe (debate sobre la noción de fuente o de lugar teológico). No sé si será ahora el momento de retomar esos temas, a la distancia de tres lustros y después de tantas horas de conversación directa con el autor, tanto en el benemérito cenobio de Montserrat, donde él reside, como en las reuniones anuales de la ya extinta Associació de Teòlegs Catalans. En todo caso, sospecho que el autor ha evolucionado en sus planteamientos, como también el que suscribe estas líneas, y que ya no tiene sentido mantener, en los mismos términos, el diálogo iniciado *in scriptis* hace años.

Conviene señalar, ante todo, la dedicatoria a Marie-Dominique Chenu, *in memoriam*. La carta-proemio cheniana que se publicaba en la primera edición de 1984, sigue aquí, con toda justicia, como un frontispicio, presidiendo el libro desde su comienzo. Evidentemente, el autor ya no puede decir que esta obra sea fruto de sus clases, puesto que ha recibido entre tanto el justo premio del descanso sabático, lo cual le permite dedicarse con mayor intensidad, si cabe, tanto a la revista «Questions de vida cristiana», que continúa dirigiendo, como a la *Storia del Concilio Vaticano II*, que auspicia Giuseppe Alberigo. Señala en la nueva presentación cuál es su propósito: «No ofrecer una síntesis acabada, cosa que sería prematura y